

Bogotá D.C.

## ACLARACIONES INFORME FINAL

### COMISIÓN PARA EL ESCLARECIMIENTO DE LA VERDAD, LA CONVIVENCIA Y LA NO REPETICIÓN

Apruebo el Informe Final, los capítulos, hallazgos y recomendaciones, obra de la escucha, el análisis y el discernimiento colectivo de comisionados y comisionadas; a ellos y ellas y a todo el equipo de la Comisión en los distintos territorios, a las víctimas y sobrevivientes y organizaciones en el país y el exilio, a quienes aceptaron responsabilidades, a instituciones y a la cooperación internacional, mi sincero agradecimiento.

Invito a considerar el Informe de la Comisión y el acumulado de comprensión surgido del diálogo social y de los encuentros con la verdad y reconocimientos, como el punto de llegada de un proceso de reflexión riguroso al lado de quienes han luchado por la verdad y la justicia durante décadas, y al mismo tiempo como punto de arranque para continuar la búsqueda colectiva, teniendo en cuenta el aporte del Informe y la diversidad de los puntos de vista en la conversación, siempre en la voluntad de identificar y rechazar lo intolerable de la tragedia que hoy acumula más de diez millones de víctimas, para que termine y no se repita y para avanzar hacia la convivencia y la reconciliación entre los colombianos.

Desde mi lugar como comisionado y concluida la tarea, quiero hacer las siguientes tres aclaraciones:

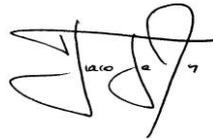
**La Iglesia Católica.** El Informe hace pocas referencias al trabajo de la Iglesia Católica. Como comisionado no quise enfatizar esta labor por ser miembro de la Iglesia que hace el mejor bien en el silencio, y también por evitar distinciones con el trabajo por la paz de las demás iglesias y tradiciones espirituales de nuestros pueblos étnicos. La Comisión constató que, al lado de la memoria indignada contra algunos miembros de Iglesia que en tiempo de La Violencia de la primera mitad del siglo pasado incentivaron odios contra liberales y comunistas, hay la multitud de testimonio sobre las muchas formas como la Iglesia, desde el inicio del conflicto armado interno, acompañó a las comunidades golpeadas por masacres y desplazamientos, acogió el sufrimiento de familias, recibió a guerrilleros y paramilitares que dejaban armas, hizo diálogos humanitarios para proteger la vida, levantó cadáveres en montañas y ríos para sepultarlos, recibió a huérfanos; apoyó espacios humanitarios y Comunidades de Paz, hizo peregrinaciones en ríos y regiones llamando a la reconciliación. Entre 1947 y 2015 fueron asesinados 85 sacerdotes (78 de ellos a partir de 1970), 2 obispos, y un grupo significativo de religiosos, religiosas y seminarista y sobre todo centenares de laicos. La Comisión recibió de la Pastoral Social y del Episcopado el libro Huellas de Paz, con 168 procesos significativos de construcción de paz desde 1962 hasta hoy; conoció misiones de religiosas y mujeres laicas en los lugares más difíciles como Monteredondo, Cartagena del Chaira, Tumaco, el bajo Atrato, Apartadó y Tibú, el Catatumbo, Arauca y Casanare. Obras de incorporación de ex combatientes como Utopía de la Universidad de La Salle, como los bancos de alimentos que unen la solidaridad con la acogida de los desplazados y exiliados, como el trabajo de la Comisión de Conciliación de la Conferencia Episcopal por la paz, la colaboración directa en los distintos diálogos y negociaciones de paz y los diversos pronunciamientos del Episcopado; el esfuerzo de instituciones basadas en el Evangelio como el CINEP, la Fundación para la

Reconciliación, los Programas de Desarrollo y Paz, el Instituto de Estudios Interculturales, las múltiples sedes de la Universidad Minuto de Dios. La teología de la liberación tuvo un impacto grande en sus dos vertientes, la política y la dedicada a la paz, siempre desde la perspectiva de la opción preferencial por los pobres; al mismo tiempo hubo muchos emprendimientos ecuménicos con otras iglesias, confesiones religiosas y espiritualidades. Personalmente tengo viva la memoria de mis amigos en el sacerdocio asesinados: Isaías Duarte Cansino, Álvaro Ulcué, Tiberio Fernández y Sergio Retrepo y a mis compañeros en la fe Mario Calderón y Elsa Alvarado. Conozco, valoro y agradezco este bien obrar; al mismo tiempo y es el sentido de esta aclaración, ante la multitud de millones de víctimas del conflicto armado al interior de una comunidad nacional de bautizados, como miembro de Iglesia, no puedo dejar de preguntarme, de cara a la verdad, sobre los que hubiéramos podido hacer como Iglesia y no se hizo. Pues, al lado de las obras de paz, defensa de la vida y reconciliación, no se ejerció colectivamente la autoridad ética pública que la Iglesia podía y debía ejercer – en mi sentir – para poner en evidencia la realidad intolerable, movilizar la responsabilidad de la población en gran mayoría católica y la colaboración de las otras iglesias y de los hombres y mujeres comprometido con la dignidad humana y el cuidado de la naturaleza para detener la guerra y las causas que la mantienen y poner en acción caminos serios, de comunidad nacional, para la no repetición. Ante la gravedad de lo que estaba ocurriendo la Iglesia, a mi juicio, pudo haberse jugado mucho más a fondo, sin miedo, a todo riesgo, para que los ciudadanos superaran la indiferencia y el negacionismo, para poner en evidencia el racismo, las estigmatizaciones entre los mismos creyentes y la injusticia contra los sectores excluidos, la connivencia con el mal, la corrupción y la impunidad y sobre todo los centenares de miles de muertes entre hermanos. Se trataba de una acción no partidista, radicalmente humana, propia de la pasión de Dios por el ser humano.

**Los falsos positivos.** Valoro la dedicación y el logro de la Comisión en el esclarecimiento del crimen espantoso de los “falsos positivos”, repetido miles de veces, en muchas de las brigadas, y ante el cual el análisis de la Comisión, que tiene la responsabilidad de señalar responsabilidades no judiciales, concluye que hay responsabilidad corporativa ética, y también política e histórica, que debe ser reconocida públicamente por el Estado, los altos mandos de las Fuerzas Militares y por presidentes y ministros de defensa. Por otra parte, no estoy de acuerdo en afirmar que se trató de **una política de Estado** para matar a inocentes. Las normas premiaban las muertes en combate y daban incentivos para ello. Dentro de esas normas y aprovechando los incentivos se montaron las mentiras de los falsos combates y de los “falsos terroristas dados de baja” con la ayuda de paramilitares y civiles pagados. La Comisión muestra que hubo un comportamiento generalizado y sistémico que los superiores permitieron se diseminara, a pesar de las muchas denuncias, con pocas excepciones sistemáticamente negadas, sobre la gravedad de lo que estaba pasando, cuando paradójicamente, en el clímax de los asesinatos, había una política pública de formación en Derechos Humanos en la institución militar. Por eso lo ocurrido es una quiebra ética corporativa muchísimo más grave que una irregularidad en la política. Aquí se rompió hasta lo más profundo la dignidad de los militares perpetradores y de la misma institución militar que lo permitió y promovió con incentivos – para dolor de los miembros del ejército moralmente íntegros - y el daño que se le hizo a la Nación y a la juventud del país es inconmensurable cuando pusieron como ejemplo y convirtieron en verdad heroica y premiada con medallas de orden público la mentira del crimen execrable de miles de jóvenes inocentes hecho por los defensores de la seguridad de los colombianos y del Estado. La Comisión recibió con respeto y acompañó ante las víctimas a miembros de la Fuerza Pública que reconocieron el crimen. Estas personas tienen que ser protegidas en su seguridad y hoy están ante la JEP. El punto de esta aclaración es mi convicción de que no estamos ante **una política de Estado**, como no son política de Estado la corrupción y la impunidad analizadas también por el Informe Final como crímenes gravísimos que contribuyen a

perpetuar el conflicto. Estamos ante una ruptura ética devastadora sobre la cual no pueden construirse leyes ni normas y ante la cual, de no producirse un cambio de conciencia personal e institucional, de poco sirve la Constitución.

**Reconozco responsabilidad en la verdad.** Personalmente nunca estuve de acuerdo con la lucha armada. Colombia tenía que hacer, tiene que hacer, cambios estructurales profundos pero la guerra que los alzados en armas consideraron que era el único camino posible, lejos de conseguir los cambios los hizo casi imposible. Solo los intervalos de paz trajeron esperanza. Hago esta aclaración para reconocer mi responsabilidad personal de no haber tomado una posición crítica clara, en los primeros años del conflicto contra los crímenes de la guerrilla, mientras criticábamos con toda razón los crímenes por las violaciones de derechos humanos por el Estado. Hoy, después de millones de víctimas de todos los lados, quiero resaltar la reflexión de la Comisión que pone en evidencia los errores y los crímenes de todos los lados en el conflicto armado interno y deja claro que estamos ante la guerra inútil y llama a pararla desde todos los lados. Y personalmente quiero reiterarles a los insurgentes que continúan con armas lo que ellos bien saben: que cada día de conflicto armado en el que ellos se mantienen acrecienta el sufrimiento del pueblo y destruye los ideales que se propusieron conseguir con fusiles; y celebro la decisión del nuevo gobierno de tomar la iniciativa para poner en marcha y liderar el proceso de paz grande, sin exclusiones.



**FRANCISCO DE ROUX RENGIFO**  
**Presidente**  
**Comisión de la Verdad**